

3.2

NOVELA DE LA JUVENTUD



LA MUJER DE FUEGO
POR
JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY



Precio: 10 centavos



Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

<http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI000051B0001E0000>

8
21542: 321 (1921)



A nuestros lectores

Consecuentes con nuestros propósitos de difundir la buena literatura y conforme al deseo tácito del público, quien nos ha dispensado en todo momento tan calurosa acogida, hemos resuelto ofrecer desde el próximo número un conjunto de trabajos selectos, cuyos títulos y firmas anunciamos desde ya.

- N.º 33 «MI VOLUNTAD SE HA MUERTO»...
por Nemesio Canales
- N.º 34 «LAS ROSAS BLANCAS»,
por Bartolomé Galíndez
- N.º 36 EL HOMBRE QUE VINO DE MUY LEJOS
por Héctor Pedro Blomberg
- N.º 37 «UN DRAMA EN LAS SIERRAS»
por Carlos A Quesada
- N.º 38 «MUÑEQUITAS DE SALÓN»,
por Gregorio J. Chaves
- N.º 39 «OJOS INEFABLES»,
por César Carrizo
- N.º 40 «CAIN»,
por Pilar de Luzarreta



Novela de la juventud

Publicación Semanal Argentina

DIRECCION:

Gregorio J. Chaves
Carlos A. Benítez

25 de Mayo 140
U. T. 4295 Av.

APARECE TODOS LOS JUEVES

OBRAS PUBLICADAS:

- 1.º ALAS AL VIENTO, por César Carrizo
- 2.º DONDE HUBO FUEGO... por Josué A. Quesada
- 3.º EL ULTIMO ARZUETA, por Héctor Pedro Blomberg
- 4.º BANDIDOS DE LA CORDILLERA, por W. J. Molinas *
- 5.º EL FANTASMA, por Belisario Roldán
- 6.º COQUETERIA, MALA CONSEJERA... C. M. Sáenz Peña
- 7.º EL AMOR MANDA, por Gregorio J. Chaves
- 8.º HACIA UN LEJANO SOL... por Nemesio Canales
- 9.º EL HECHIZO DE UNOS OJOS VERDES, por Mariano Maciá
- 10.º EL DEMONIO DE LA IMAGINACION, por N. Coronado
- 11.º LA DESEADA TRACION, por Agustín Remón
- 12.º FLOR DEL PAGO, por Rosalba Allaga Sarmiento
- 13.º LA AVENTURA DE UN HOMBRE SERIO, Victor J. Guillot
- 14.º LA AVISPA, por Julio R. Barcos
- 15.º LA TELEFONISTA DE "AVENIDA", por C. A. Quesada
- 16.º AMOR QUE SALVA, por Rafael Ruiz López
- 17.º EL MOMENTO PELIGROSO, por Ernesto Morales
- 18.º DANZA DE LOS MUERTOS, por César Carrizo
- 19.º PINCELADAS DE AMOR, por Teodoro Palacios
- 20.º UN IDILIO SALVAJE, por W. Jaime Molinas
- 21.º EL ROMANCE DE UNA MUJER, por López de Molina
- 22.º LAS MUJERES COBARDES, por H. C. Brumana
- 23.º MISIA PEPITA, por Ruben N. Fernández Barbieri
- 24.º UNA MUJER MORA, por Luis García Blanco
- 25.º LA AVENTURA DE UN MEDICO, Daniel José Stockdale
- 26.º LA BAILARINA DESNUDA, José MuzilH
- 27.º UN HOMBRE DE HONOR, Domingo Fontanarrosa
- 28.º LA ULTIMA CALAVERADA, F. García Beltrán
- 29.º TRAGEDIAS CHAQUENAS, Capitán Juan Arribau
- 30.º SU UNICA CONQUISTA, Santos Peñafiel
- 31.º LA NOCHE NEGRA, por Juan Torrendell

Próximo número:

Mi voluntad se ha merto..

por

Nemesio Canales

COLABORADORES:

César Carrizo
Josué A. Quesada
Belisario Roldán
José Ingenieros
Manuel Gálvez
Arturo Capdevila
J. J. Solza Reilly
W. Jaime Molinas
Teodoro Palacios
Gustavo Caraballo
Julio R. Barcos
Ricardo Rojas

C. Muzil Sáenz Peña
Héctor Pedro Blomberg
Victor Juan Guillot
Carlos García Landa
G. Martínez Zuvirta
Juan Carlos Dávalos
Rafael Ruiz López
Federico Gutiérrez
Herminia C. Brumana
J. González Castillo
Nicolás Coronado
José León Pagano

Manuel M. Oliver
Horacio Quiroga
E. Gouchón Casé
Armando Donoso
Alfonsina Storni
Mariano Maciá
Roberto Gache
Federico Mertens
Agustín Remón
López de Molina
Nemesio Canales
Santos Peñafiel

Precio del ejemplar 10 centavos, en toda la Republica.
Suscripción anual única: \$ 5.—

Unico concesionario en la Capital: Miguel Marchesano
Paraguay 2880

Nuestro próximo número:

MI VOLUNTAD SE HA MUERTO...

POR

NEMESIO CANALES

Más que una inquietud sentimental, es un arduo problema psicológico el abordado por Nemesio Canales en la novela que publicaremos el Jueves próximo.

¿Puede un hombre amar a dos mujeres a la vez?... Tal es el enunciado de la tesis que ha dado origen a esta obra.

Ni la seducción de ciertas doctrinas filosóficas, ni la tentación de esas componendas imaginativas que facilitan una solución halagadora, han influenciado al autor al realzar su obra. En ella es la vida misma quien teje y desteje la red. Sus personajes son reales; sus episodios son exactos. Hay un hábito de verismo absoluto que trasciende en cada pasaje, en cada argumento, en cada idea.

El protagonista requerido por dos quereres que en su alma se funden en uno, identificándose, lucha denodadamente sin llegar, ni por un momento, a ese «desdoblamiento de la personalidad», que sería muy cómodo como recurso y muy dudoso como argumento.

Canales, a quien nuestros lectores ya han podido apreciar por su novela «Hacia un lejano sol» publicada en estas páginas, ha sabido tratar magistralmente el tema, logrando transmitir al lector la sana emoción que ha originado unas páginas llenas de vida y de belleza.

“CUASIMODO”

REVISTA DECENAL

Dirigida por JULIO R. BARCOS y NEMESIO CANALES.

Sumario del número nueve: El «Fascismo» en la Argentina, por Julio R. Barcos. — Steinlen: el Artista, por Anatole France. — El Último Tirano, por Juan José Tablada. — Feminismo y Georgismo, por Nemesio Canales. — Liga Internacional Antibolshevíqui, por Oreste Ristori. Otros importantes trabajos.

Precio: 20 Cts.



LA MUJER DE FUEGO

POR

JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY

—Oígame, señor García.

—¿Qué?

—Quisiera decirle una cosa. Esté... Esté...

—Hable, señor Pattersoff.

Pero el señor Pattersoff, vacilaba.

De pie, en la puerta de la casa de gobierno, me tomó de la solapa en actitud de confiarme un secreto.

—Hable, señor Pattersoff. Apartémonos contra la pared. La gente nos lleva por delante. Hable!

—No! Hoy no! Mañana le diré una cosa...

—«¿Una cosa?» •

—Sí, adiós. Hasta mañana, señor García.

—¡Venga acá, hombre! En primer lugar, si usted quiere confiarme un secreto no me llame «señor». Acabo de conocerlo, es cierto. Recién he sido presentado a usted por el ministro. Sin embargo, me parece que tenemos derecho a tratarnos con más confianza.

—Esté... Esté...

—Y bueno! Entonces para qué anda con pavadas, Pattersoff? ¿Acaso, no vamos a vivir durante dos años, lejos del mundo, abandonados en el observatorio de aquella isla de hielo? Y dígame, ¿usted conoce a los tres compañeros que vendrán con nosotros?

—No los conozco. El ministro me ha dicho que son tres hombres jóvenes. Que son muy estudiosos. ¡Tres verdaderos sabios!...

—¿Sabios? Pero, uno de esos tres «sabios», tiene que haberlos la comida.

—Sí, naturalmente. Uno se llama Regui. El otro... Espere! Aquí tengo la nota. Sí, eso es. «Regui, geólogo»; «Lasuyo, observador», y «Andresko, cocinero»... Usted, «García, segundo jefe», y yo, «Pattersoff, jefe de la expedición».

—Ése tal Andrésko ¿cómo puede ser un sabio, si lleva a la Isla Negra el cargo de cocinero? ¿Qué gracioso!

—Según el ministro es un sabio. Un gran geólogo. Quería ir

NOVELA DE LA JUVENTUD

empeñosamente en esta expedición. El ministro le dijo que todos los cargos del presupuesto estaban distribuidos.

—«No importa» — contestó Andresko — usted puede hacerme un sitio».

—«Imposible, señor» — le explicó el ministro. — «Aunque usted está muy bien recomendado, no podré complacerlo. Siento mucho, por tratarse de un hombre de...

—¿Cuándo sale la expedición, señor ministro? — lo interrumpió Andresko.

—Partirá el jueves. Debió salir el martes, pero me dice el jefe de la comisión que no encuentra todavía cocinero capaz de resignarse a vivir dos años en la Isla.

—Bien, señor ministro. Ya tiene usted cocinero. Iré yo.

—¿Usted?

—Yo!

—Pero, ¿qué interés le atrae a la Isla Negra?

—El estudio, señor ministro. Estoy preparando mis apuntes para un libro que llamará la atención del mundo entero. Solamente necesito hacer personalmente algunas observaciones en el Polo. La Isla Negra, por su admirable posición antártica, es la única región donde puedo obtenerlas...

Al ministro le hizo gracia el interés de Andresko. Y aceptó. Su Excelencia acaba de decirme que trate bien al sabio. Aunque será nuestro cocinero, es, al fin, un colega. Por otra parte, usted García, comprenderá que en dos años de soledad y de hielo, más nos conviene encontrar en un cocinero un colega de estudio, que en un colega de estudio un cocinero...

—Pero, oiga, Pattersoff. ¿Contándome la historia de ese tipo novelesco, se olvidó de decirme esa «cosa» que quería decirme...

—Esté... Esté... Sí, ahora se la diré. Hace un rato sentía vergüenza. Temía... Pero, después de hablar con usted y verlo tan campechano, me parece que es usted hombre inteligente. Un hombre capaz de comprenderme. Un amigo. Un hermano...

—¡Aviso, che! ¿Va a empezar? Vaya al grano, no más!...

—El caso es que... Esté... Esté... Usted conoce el reglamento de las expediciones científicas. El artículo 22. ¿Recuerda?

—Sí... «Los miembros de las comisiones científicas, no podrán llevar consigo a sus familias».

—Pues bien... Esté... Esté...

—¿Vacila otra vez, Pattersoff? ¡Ya adivino!... Usted quiere llevar a su mujer y a sus hijos... Y bueno ¡llévelos! A mí qué me importa!

—No, García... Yo no tengo hijos.

—¿Entonces? ¿Qué?

—Esta noche me caso y quiero llevar a mi esposa conmigo a la Isla Negra...

—¡Caracho! ¿Una luna de miel entre los hielos? No le conviene, che...

—¿Me promete no decir nada? Me casaré esta noche. Usted será mi padrino de bodas... ¿No acepta? Cumplirá usted su deber. Pero, me hará desdichado para toda la vida... ¡Acepte, García!

—Sí, pero... ¿Y los otros?

—Los otros tres son empleados subalternos. En la isla no

debe haber más autoridad que la mía y la suya. ¿Qué me importa de los demás?

Estudio de conciencia

«En realidad, ¿a mí qué me interesa el «caso»? Este polaco me da risa! Vea que casarse para llevar consigo la mujer al Polo, a una isla desierta, donde durante dos años no recibiremos noticias de la civilización y donde sólo veremos pen-güines, témpanos y lobos!... Si llevara hijos, me explico. Pero, sin hijos... ¡Va a ser un opio para la mujercita! La pensará divertir diciéndole a cada rato «Esté... Esté...» ¿Y si el ministro se entera? Si el ministro se entera será un milagro. Y si lo sabe será cuando ya estemos en la Isla Negra. ¡Que nos mande buscar! Los mares del norte se hielan durante varios meses del año. No hay peligro de que pase algún barco. ¡Y qué diablo! ¡Que se case! ¡Y la novia? ¿Será linda? ¡Caramba! ¡Tal vez, un conflicto!... Cinco hombres jóvenes, con una sola mujer bonita, encerrados dos años, entre... ¡Si, sí! Felizmente, hay allá mucha nieve. ¡Qué tonto soy! ¡Qué estúpido! La mujercita será uno de esos fenómenos de palo, con anteojos, como suelen ser todas las mujeres de los sabios»...

Estas cosas pensaba yo, mientras el pobre Pattersoff, con su gran cabeza rubia inclinada hacia el suelo, aguardaba mi respuesta. Todo eso que he dicho en diez minutos, lo pensé en dos segundos.

—Bueno, che, Pattersoff! Cásese, amigo. Yo no diré nada. Pero, piénselo primero.

—Gracias! Gracias!

Y tuve todavía este arranque de honradez:

—Tenga usted en cuenta que seremos cinco hombres jóvenes con una sola mujer. Usted conoce la naturaleza humana. Usted sabe mucha biología...

—Gracias! Gracias! ¡Esté... Esté!...

—Pero oiga, Pattersoff. No se aturda. Oiga lo que le digo.

—Esté... Esté... Si. Ya lo oí. «Con mi mujer no hay caso», como dicen ustedes los criollos.

—Adiós. Hasta mañana...

—¿Cómo? ¿Hasta mañana, García? No, no. Esta noche me caso. Usted será mi padrino. Lo espero a las 8 de la noche en el domicilio de mi novia. Tome mi tarjeta. Ahí va la dirección...

—Piénselo, che, Pattersoff. ¡Cinco hombres! ¡Una sola mujer!

—Ya lo pensé. No se preocupe. ¡Con mi mujer «no hay caso»...

La cocinera

—¡Con mi mujer «no hay caso!»

Es claro. Yo iba a tener razón. Mi teoría sobre la paleontología matrimonial de los sabios, no fallaba. ¡Claro! Algún palo vestido. En la punta del palo, unos anteojos. Un olor a almidón y un olor a viruta!... ¿Quién se le arrima a la mujer de un sabio?

Se me ocurrió una idea magnífica! Pensé:

—«Al sabio cocinero, lo reemplazamos en la isla, con la mujer de Pattersoff. ¿Qué manjares puede aliarnos un geólogo? Piedras. Puras piedras... ¡Capas geológicas! No, no y no! En cambio, el palo vestido, a pesar de sus lentes y de su olor a almidón y a viruta, será al fin, una mujer. Un espíritu femenino!... Y una mujer siempre cocinará mejor que un sabio. Generalmente, las mejores cocineras son feas. La mujer de Pattersoff va a ser una excelente cocinera!... No fteja de ser una suerte! En aquellas soledades, la única diversión es el estómago! ¡Con mi mujer «no hay caso!», me decía Pattersoff. ¡No hay caso? Ya verá cómo «hay caso»... ¡A la cocina, che!

La novia

La novia de Pattersoff vivía en una casita de Belgrano. Fuí... La puerta estaba cerrada. En la acera había muchos chicos. Un vigilante se paseaba frente a la casa.

—¡Caracho! ¿Alguna desgracia, agente?

—Sí, niño... ¡Un casorio! Se casa la hija del ferretero.

—¿Ah, sí? ¿Es linda?

—No sé. Soy nuevo en la facción. Esta tarde vi entrar una gorda vestida de verde. Otra vestida de colorado...

Abrióse la puerta. Un rayo de luz iluminó la acera. Se oía la música de un piano. Una chiquilina como de diez años, asomó la cabeza, por entre la luz, mirando de derecha a izquierda.

—Dime, nena. ¿Está el señor Pattersoff?

—¿Usted quién es?

—¿Yo?... Yo soy García, el padrino.

La chica no me contestó. Echó a correr hacia adentro gritando:

—«¡Papá! ¡Lola! ¡María! El padrino! Ahí está el padrino. ¡El padrino!»

Vi llegar del patio un jaquet con un enorme caballero adentro. Venía sudando. En una mano traía una servilleta con un tirabuzón y en la otra una botella.

—«Adelante, señor García. Lo estamos esperando... Yo soy el tío de Pattersoff. La novia se está vistiendo. Pase. Han venido algunos amigos y parientes. Pattersoff ha salido. Fue a comprar unas masitas, helados y un, un... ja, ja, ja! Un par de medias».

Al tiempo que hablaba hacía reverencias saludándome. Me tendió la mano derecha. Dióse cuenta de que tenía la botella y me tendió la izquierda. Pero en la izquierda le estorbaba la servilleta y el tirabuzón...

—Dispense, caballero. No sé cómo saludarlo. Hágame el favor. Téngame esta botella para poder estrechar su mano...

En el patio los invitados se empujaban para verme.

—Ah. ¿usted es el padrino? Tanto gusto...

—Tome una copita, señor García.

—Con mucho placer. ¡Salute!

Brindamos entre los ruidos del piano y de los chiquilines. Oyóse en el zaguán una voz conocida que preguntaba:

—¿Vino el padrino? Está... Está...

Era Pattersoff.

—¡Hola, Pattersoff! Aquí me tiene usted. Ya ve que soy de palabra.

Pattersoff, grandote, enorme, con su cabellera rubia que le desbordaba de la galerita, lucía como el tío, un espléndido jaquet. Traía las manos llenas de paquetes, que entregó a una de las señoras. Luego vino hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Ay, García! Si usted supiera cuánta alegría experimento. Déme un abrazo. Esté... Esté...

Y cuando lo abracé cuando la mole de su carne cayó contra mi pecho, sentí que lloraba.

—¡Caracho, Pattersoff!

—¡Ah, García! Lloro de alegría.

—Vaya, Pattersoff. Lo esperan adentro...

Me quedé en un rincón. Pattersoff había ido a ponerse las medias nuevas y a buscar a la novia. El cura acababa de llegar.

—¡Pobre Pattersoff! — pensé yo. — Me está dando lástima. Un hombre que sabe tanto. ¿para qué se casa? Y sobre todo, llevar la mujer a la Isla Negra... Debe de ser una mujer de carácter. Alguna de esas rusas varoniles, aunque Pattersoff no me ha dicho si es rusa. ¡Caracho! Ni siquiera sé el apellido...

—A la sala! A la sala! Toda la concurrencia que pase a la sala.

—Que venga el padrino.

—¿Señor García? Venga... Usted tiene que ir a la sala con la novia del brazo. El novio va con la madrina.

Ante mí, con rumbo al dormitorio iba la madrina. Era, sin duda, la que el vigilante vió vestida de verde. Era un loro. Al poner el pie en el umbral del dormitorio donde la novia acababa de vestirse, me detuve. ¡Al fin iba a conocer a la novia de Pattersoff! Caracho! Qué figura ridícula haría yo llevando del brazo ese palo vestido...

—Entre, García. Aquí tiene a mi novia...

Y la vi.

No pude hablar. La boca se me secó de pronto como un cuero. Los ojos se me cerraron. Sentí en todo mi cuerpo esa molestia enfermiza, febril, con que la «grippe» nos anuncia su fi-bre...

Sólo recuerdo que tendí mi mano temblorosa para estrechar la de la novia. Después, le ofrecí mauninalmente mi brazo. Nos pusimos en marcha hacia la sala. El cura bendijo la pareja. Y mientras escuchaba los latines del sacerdote, yo veía en ensueño, dentro de mí, la Isla Negra: la blanca isla de hielo a donde íbamos a vivir dos años... ¡Solos con aquella mujer! Y veía las nieves, y el cielo lleno de nubecillas bajas y los témpanos ambulantes, cruzando el mar como almas de niños perdidos en el limbo. ¡Sin padres! Y me vi a mí mismo, con mis treinta años, rebosantes de juventud, en aquella isla, como un dios al lado de aquella mujer divina...

—¡Divina!

He dicho di-vi-na! No! Era más que divina. ¡Era una diosa terrenal! Fran las bellezas de todas las mujeres bellas del orbe que se habían dado cita en su cuerpo de estatua!

Sus ojos eran como esos ojos que cuando miran rezan. Vestida de blanco, entre los tules y los encajes, deslumbraba...

ba. Yo no podía mirarla. Estuve mucho rato sin verla. Si la hubiera mirado, habríame caído!

Y cuando me fuí, cuando Pattersoff me dió en la puerta el último abrazo, comprendí que aquella mujer iba a ser mi perdición. Y en una esquina oscura, apoyando la cabeza y los brazos en la pared, me puse a llorar como si Dios de un guñetazo me hubiera roto el alma...

El viaje sombrío

El buque se alejaba de Buenos Aires. A penas se veían las luces de la ciudad... No quise cenar. Me encerré en mi camarote, sin hablar con nadie.

Ibamos hacia las nieves eternas. A la Isla Negra... Oí unos golpecitos en la puerta de mi camarote.

—¿Quién es?

—¿No sube a comer, García? Esté... Esté...

—No, Pattersoff.

—¿Está descompuesto?

—No, no.

—Venga, García. Pepita nos espera en el salón de cámara...

—Estoy sin apetito, Pattersoff. Quisiera dormir.

—Esté... Esté... ¡Qué lástima!

Oí los pasos de Pattersoff, sonoros y secos que se alejaban. Sentí deseos de llamarlo. Sentí ansias de contarle toda mi angustia. Pero, ¡imposible!... El día antes de partir el buque que ahora nos llevaba a los mares del sur, yo había resuelto no embarcarme. En vez de tomar el vapor, tomaría un tren que me llevara al Brasil, a Bolivia, qué sé yo!... Irme lejos de aquella mujer! Huir de la inocencia de sus ojos! Alejarme de la tentación de vencerla, de conquistarla, de beberle a besos!

—¡Conquistarla!

¡Estaba tan seguro de ello! Había dentro de mí una voz profética que me decía: «Esa mujer será tuya». «La poseerás en las nieves de la isla...» «Esa mujer caerá en tus brazos». «El destino te la pone bajo tus labios, predestinada como las vírgenes que las madres crían para los harenes de un sultán!»

—¿Y si ella no me amara?

—Oh!, — pensaba yo. — Me amará. Me adorará. Estoy seguro!...

Y evoqué a mis compañeros de expedición. ¡Mis posibles rivales!

—¿Andresko, el sabio y cocinero?... No! Es un sueco, frío y sobrio. Los hombres de su raza son capaces de dormir cien años en la misma cama de una mujer hermosa sin ofenderla con la sombra de una idea malsana! ¿Y Regui, el geólogo? No! Tampoco. Es demasiado feo. Es tartamudo. Está lleno de granos... Vive consagrado al estudio. Sus ojos infelices de miope, viven consagrados al análisis de las piedras y de las napas! Toda su literatura se reduce a términos de geodesia, geognosia, trigonometría... ¿Y el observador científico, ese Lasuyo, de nacionalidad indefinida que sabe todos los idiomas y que no habla en ninguno? Menos que nadie... Es sucio. Exhala un olor tan extraño de tabaco amarillo y camiseta sucia, que... No! ¿Y Pattersoff?

¡Caracho! Había pensado en todos mis posibles rivales,

pero no había pensado en Pattersoff. ¡En el marido de Pepita!...

Y toda mi voluntad se derrumbaba al so'o recuerdo de Pattersoff. ¡Pobre polaco! ¡Tan bueno! ¡Tan ingenuo! ¡Tan cariñoso! No! Nunca! Yo, García, tenía demasiado corazón para engañarlo. Prefería no ir a la Isla Negra... No. No iría. Me marcharía a las antipodas. Me escondería en un bosque. Me haría amigo de los animales. Me convertiría también en animal. Me haría mono. Saltaría de árbol en árbol, lejos del recuerdo de Pepita. No quería verla más... Y, sin embargo, la veía con los ojos cerrados! Sin verla, la veía... Vestida de blanco. De novia! En mi brazo. Recordé que la noche del casamiento la miré a hurtadillas. Ella me estaba mirando con sus ojos negros. ¡Grandes ojos en oración! Suavísimos ojos de los que excitan mucho más que el desnudo... Para esquivar su mirada, posé la mía en su traje nupcial. Vi su pecho nervioso, diminuto, de virgen, que le subía y le bajaba como dos palomas dormidas, que soñarán...

Oh! Sí! Me iría a un monte salvaje. Me transformaría en una fiera. Me haría mono...

Vino a mi memoria un cuento que le oí contar a una sirviente. Era la historia de un muchacho de 18 años, que se pierde en un bosque. Se pierde, sin hallar el camino del regreso. Un mono lo encuentra. Es un mono gigante.

—¿A dónde vas, muchacho?

—Busco el camino de mi pueblo.

—Entonces no busques más. Los caminos de esta región no van a ninguna parte...

—¿Cómo? Mi padre me ha dicho que por todos los caminos se llega siempre lejos...

—Sí, pero los caminos de los jardines no conducen a ninguna parte. Este es el jardín de los «Monos Preciosos».

—¿Tendré que vivir con ustedes?

—Naturalmente. Te vestirás de mono. Imitarás nuestras costumbres. Adquirirás nuestra cultura. Respetarás nuestras instituciones. Te casarás con una mona...

—¡Ay, qué lindo!

—¿Y tendré hijitos?

—Ciertamente. ¿Tú crees que los monos pierden el tiempo del amor, jugando a las carreras o yendo a la ruleta? No, amiguito... La juventud pasa pronto. Los años livianos y floridos se van con pies de amor para dar paso a los años de hierro, a los años de frío, a los años de reuma...

El mono gigante conduce al muchacho al jardín-pueblo de los monos preciosos. Allí le presentan una mona muy mona... Al verlo, la mona salta. Baila. Coquetea. Le saca la lengua para hacerse simpática... Por fin, se casan. Son felices. Tienen muchos hijos... Todo el pueblo de los monos respeta al hombre que se ha dignado vivir entre ellos, de acuerdo con sus leyes. Pero, un día, el jovencito ve pasar una mona más linda que su esposa... La sigue. La persigue. Se enamora. La enamora. ¡Se aman!... El jardín-pueblo de los monos descubre el adulterio. La muchedumbre se enfurece contra el infiel. Y lo condena a que deje sus trajes de mono. Que se vaya a su país de gente! El hombre, desesperado, se ahorca. Prefiere morir antes que dejar de ser mono...

Y mientras yo evocaba este cuento, paseándome por el Pa-

seo Colón, en vísperas de la salida del buque, pensaba en quedarme. No iría a la Isla Negra...

—¿No iría?

¡Qué fácil era prometerlo! La noche antes de la partida, no dormí. No me acosté siquiera. Anduve vagando por las calles, tratando siempre de alejarme del puerto. Hubiera deseado que el vapor anticipase su salida. Que se fuera sin mí. Pero, a las ocho de la mañana pensé:

—«Pattersoff ya estará a bordo... Dentro de una hora el buque hará sonar la sirena. Pattersoff andará sobre cubierta, mirando a los que llegan. Buscando a alguien...»

—¿Qué buscas?

—«Esté... Esté... Busco a García. ¡No lo veo! ¡Qué lástima si pierde el vapor!»

Caminando, caminando, yo veía dentro de mí la escena. Veía a Pattersoff buscándome. Y veía a Pepita, buscándome también... No pude más. ¡Caracho!

—Eh! Chauffeur! Venga... Lléveme rápido. Dique núm. 4..

Al llegar vi la escena que había imaginado anteriormente. Pattersoff, asomado a la borda, buscando entre las personas que subían por la planchada. A su lado, Pepita, miraba como él. De repente, ella dió un grito. Fué un alarido de alegría:

—¡Mira, Pattersoff! Allí viene García!

—«Esté... Esté... ¡Oh, qué suerte!

Me temblaban las piernas. Subí la pasarela como quien va al patíbulo. Tenía miedo. Miedo de ese amor futuro. Miedo de cosas que no habían sucedido nunca o que no sucederían jamás!

Este miedo salía de mi corazón como una queja de mi dignidad. El honor de mi raza criolla, mi educación moral, los consejos de mi madre, todo se alzaba como una advertencia:

—«No vayas, — decía mi conciencia. — Vas a engañar a ese pobre Pattersoff, que en su ingenuidad y en su inocencia de sabio, no sospecha de tí... ¿Has visto cómo se alegró de verte llegar a tiempo? ¿Has visto cómo se reía de felicidad cuando su mujer le anunció que tú llegabas? No subas, García... Si vas a la Isla Negra, perderás a esa mujer. Perderás a Pattersoff. Te perderás a tí mismo»...

Al pensar esto, apresuraba el paso. No quería perder el vapor. ¡Infame! Sí, infame, caracho! Un destino fatal, superior a mi sangre, a mi carne, a mis huesos, me echaba dentro del barco...

—«¿Qué susto, García? Esté... Esté... Creía que le hubiera pasado una desgracia».

Y la vi a ella, a Pepita, con un traje sastre que marcaba las líneas de su cuerpo deliciosamente. Al verme, ella juntó las dos manecitas enguantadas de gris, apretándolas contra una rosa que parecía deshojarse al calor de su seno.

—«¡Pero, señor García! ¡Qué susto nos hizo dar! Felizmente, ya lo tenemos acá... ¡Qué suerte! ¡Qué suerte!»

—¿Y los demás compañeros? — interrogué por decir algo.

—«Esté... Esté... Ahí están: Andresko, Regui y Lasuyo. Están todos. Véalos allí...»

Pepita se me aproximó haciendo una mueca graciosa de chiquilina porteña.

—¿Ha visto — me dijo en voz baja, — qué tipos más extravagantes? Todos tienen melena y barbas y una higie-

ne! ¡Qué asco! Suerte que viene mi marido y... usted!

—Son buenos muchachos. Se pasarán los dos años leyendo...

—¡Qué papanatas! — exclamó Pepita cubriéndose la boca con una mano para aguantar la risa.

Yo me fui al camarote, dispuesto a esquivar a Pattersoff y a su esposa. Por eso cuando Pattersoff me llamó para cenar, me rehusé. No! No! Caracho! Comería en el camarote. Haría el viaje leyendo, como Andresko, como Regui, como Lasuyo... Estaba dispuesto a no dejarme tentar. Aunque me llamaran papanatas!

En la Isla Negra

Después de varios días de navegación, avistamos, por fin, el canal fueguino. Al día siguiente estábamos a la vista de una enorme montaña de hielo. Era la Isla Negra... En la falda de la montaña veíase el observatorio astronómico y la estación meteorológica, con las casillas para la comisión.

Durante el viaje yo había logrado esquivar a Pattersoff y a su mujercita, refugiándome en los rincones para embriagarme de lecturas. En diez días me leí todos los libros de a bordo.

—¡Caramba, García! Esté... Esté... Si en la Isla Negra va a leer como a bordo, no le van a bastar los mil volúmenes del observatorio!

—Trabajaré. Dormiré.

—Bueno, García... Deje de leer. Vamos a cubierta. Pepita se extraña mucho de que usted no tenga ninguna gentileza con ella. La pobrecita se aburre. Tenga usted en cuenta que es la única mujer que viene a bordo. Además, ella no tiene aquí más compatriota que usted. Y siempre es agradable para una niña argentina «hablar en criollo», como ustedes dicen... Yo, con mi media lengua de polaco argentinizado, carezco de esa espiritualidad bulliciosa de los nativos puros, tan grato a las mujeres.

—Gracias, Pattersoff, por su amabilidad. Pero, caracho!, no tengo ganas de conversar. Discúlpeme, che, pero es la verdad.

—Eso, justamente, yo le decía a Pepita. Usted ha cambiado mucho. ¿Estará enfermo? ¿Estará arrepentido de venir a soportarse en la Isla Negra? Aquella tarde, esté... esté... Aquella tarde en que yo lo conocí, cuando nos detuvimos a conversar en la puerta de la casa de gobierno, usted era más alegre, más franco, más divertido... Si ese día estoy cinco minutos más con usted, salimos tuteándonos. Cuando usted hablaba, infundía confianza. A través de sus palabras se le veía el alma...»

¡Pobre Pattersoff! Ya lo creo que antes se me veía el alma! Por eso me aparté de él, dejándolo solo con su discurso. Solo con su psicología... Me alejé de él por temor a que hablando con su mujercita, se me viera el alma deshecha de amor...

Y así, triste, «con cara de sabio», — como me dijo irónicamente Pepita, — desembarqué en la región de los hielos eternos.

El buque permaneció un día en la Isla Negra, para cargar el equipaje de la otra comisión que regresaba a Buenos Aires

y a la cual nosotros íbamos a reemplazar. Cuando el barco se fué, me hubiera echado al agua. Hubiera nadado hasta alcanzarlo para volverme. Para no quedarme dos años, sufriendo el martirio de vivir junto a esa mujercita divina...

Ya en tierra me dijo ella:

—Señor García, ¿qué hace? ¿Por qué mira tanto el buque? Déjalo que se vaya... Venga. Dice mi esposo que lo lleve a nuestro chalet. Es necesario hacer la distribución de nuestras habitaciones... Camine! Camine!

Y me daba empujoncitos en la espalda, como un chico jugando con otro. La hubiera tirado contra el suelo, contra la nieve, para enterrarme allí con ella, besándola, mordéndole la boca, comiéndomela como un antropófago de ángeles!... Agaché la cabeza y me dejé empujar, con la cara llena de lágrimas...

Ella lo supo...

—Oye, maridito... Aquí te traigo a García.

—Esté... Esté... Pero, amigo García! Tenemos que distribuir los cuartos.

—¿Cómo? Mira, maridito... ¡García está llorando!

—¿García? ¿Es posible? ¿Un hombre como usted? Llorar el primer día!!... Entonces, ¿qué deja para después? ¿Qué hará cuando se aburra?... Esté... Esté...

—No lloro, Pattersoff.

—Sí, maridito. García está llorando. Míralo como le salen las lágrimas... ¡Pobrecito! Llore, García! Las lágrimas consuelan. ¿Se acuerda de su mamá? ¡Pobrecito! ¡Solo, entre tanta nieve!

Y mientras me consolaba viéndome sollozar, ella misma lloraba. Y Pattersoff, tan grandote, tan ingenuo, tan dulce, lloraba también. Me echó los brazos al cuello, abrazándome y sollozando, como en la noche aquella de su casamiento.

—Ahora, tú, Pepita... Ven! Dale un abrazo a García! Consuélate con tu bondad de mujer! Si extraña los brazos de su buena madre, que los tuyos reemplacen a los de ella...

Pepita vino hacia mí con los brazos prontos para el abrazo misericordioso. Yo alcé a penas los míos... Pero, en el momento en que la miré, al ver su pecho delicioso que se alzaba a través del vestido de pieles, bajé los brazos. Ella me miró los ojos. Y vió. Vió...

—Ella también bajó los brazos. Por primera vez había comprendido...

Noche eterna

La casilla o el «chalet» — como llamaba Pepita a nuestra residencia, — era un galpón dividido en cuatro piezas. En una de las piezas del frente, se instaló Pattersoff con su mujer. Le correspondía como jefe de la misión científica. En la otra pieza del frente, separada por un pasadizo, instalamos la biblioteca y el comedor. En otro cuarto, al lado del de Pattersoff dormía yo. En la habitación siguiente en dos cuchetas, Regui y Lasuyo. En cuanto al cocinero, el sabio Andresko, dormía en la cocina; una cocina tan amplia

como las demás habitaciones, pero construida a diez metros del «chalet».

¡Qué noches horribles! Las paredes que dividían los cuartos eran simples tabiques de madera. A través del muro, yo oía las voces de Pattersoff y de Pepita. De mañana, sentía cuando ella se echaba al suelo para correr las cortinas. Durante el día, en las horas de encierro, cuando el frío era tan intenso que nos impedía caminar por la nieve, yo sentía a Pepita ir y venir, arreglando sus cosas... En las noches espantosas en que hasta el fuego nos parecía helado como el hielo, yo la presentía acurrucadita en la cama, junto a Pattersoff, bajo las grandes mantas de piel de oso... Y oía sus risitas nerviosas. Oía sus besos. Oía... ¡Caracho!

Una noche cruda, me salí de la cama enloquecido. Me envolví en una frazada. Me fuí a la cocina.

—Andresko! Andresko!

El sabio cocinero leía, calentándose junto al fogón. En silencio me abrió la puerta.

—¡Por favor, Andresko! Déjeme usted dormir en la cocina. En el «chalet» hace un frío tremendo.

No contestó nada. Removió las brasas y echó más leña.

—¿Quiere whisky?

—Sí.

—Voy a calentarlo. Una taza de whisky caliente equivale a dos botellas de whisky.

—¿Es usted feliz, Andresko?

—Sí. Completamente feliz. Toda mi aspiración consistía en venir a la Isla Negra. Estoy recogiendo un caudal de ciencia nueva. Ciencia grande que mi libro va a estremecer a todos los sabios del mundo...

—Pero, ¿no sufres?... ¿Las pasiones no lo muerden?

—¿Pasiones? ¿Para qué? Estoy por encima de los vicios humanos. Tengo treinta y cinco años y he logrado matar en mí, todo lo que no sea superior a mí mismo...

—¿No cree que el amor sea superior a usted mismo?

—¡El amor! No me haga reír, García... ¡Tome este whisky! Verá usted como es superior a nosotros mismos.

—¿Qué porquería!

—Yo amé una vez. Maté a mi mujer porque me engañó. No quiero amar a nadie más... ¡Qué rico! Néctar de los dioses...

El primer beso

Y se quedó dormido.

A la mañana siguiente, salí temprano a recorrer las diferentes casillas meteorológicas. Los aparatos registradores funcionaban perfectamente... En la orilla del mar, que aún no estaba helado, vi la silueta torcida de Lasuyo, tomando la temperatura, con un termómetro dentro de una lata. La sumergía en el agua por medio de una soga. Más lejos, Regui, con su cara llena de granos y sus gruesos anteojos de miope, se inclinaba sobre el hielo. Recogía un trozo espumoso como de crema chantilly, y lo estudiaba detenidamente, casi metiéndoselo en los ojos para verlo mejor.

El sol opaco, amarillento, se alzaba como una luna en cielo

diurno. Estuve largo rato mirándolo. De repente, me estre-
mecí. Me hablaban:

—¡García! Esté... Esté...

—¡Buenos días, Pattersoff!

—Buenos días. ¿Qué le pasó anoche? Lo sentí levantarse.
¿Estaba enfermo? Andresko me dijo que usted había dormido
en la cocina...

—En efecto. Tenía mucho frío. En mi cuarto no puedo
dormir. La estufa es muy chica.

—Pero, García. Me hubiera avisado. Hubiéramos abierto la
puerta del medio, para que el calor de mi estufa, que es más
grande que la suya, pasara a su cuarto. Esta noche lo ha-
remos.

—No, Pattersoff! En la cocina se duerme muy bien. An-
dresko me llevará esta noche la cama.

—¡No faltaba más! Luego arreglaremos. Ahora voy a
hacer una recorrida. Quisiera traerle a Pepita algunos pin-
güinos vivos. Hasta luego, García.

Se alejó lentamente, hundiendo las botas en la nieve, con
la escopeta al hombro y sus perros detrás. Lo miré con ca-
riño de hermano. Se me perdió de vista... ¡Pobre Patter-
soff! Jamás le veía enojado. Jamás le oía una sola palabra de
enojo con nadie. Exhalaba cariño por todos sus poros.

Unos gritos interrumpieron mis reflexiones:

—¡Eh, García! ¡Venga! Por favor! ¡Ay, Dios mío! ¡Qué
desgracia!

Pepita asomada a la ventana del chalet, me llamaba, asus-
tada. Corrí.

—¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

—El calentador. El «primus». Se está quemando... Un in-
cendio!

—¡Caracho! ¡Qué desgracia!

Tuve a penas tiempo de tomar una frazada y echarla en-
cima del fuego, sofocándolo. Si demoro unos segundos más,
el fuego invade la madera del tabique, y ¡adiós chalet! Hu-
biéramos quedado a la intemperie! En el primer momento no
medí la magnitud que hubiera tenido la catástrofe. Cinco hom-
bres y una mujer al aire libre, entre la nieve, sin un techo, sin
una piedra para hacer un muro, sin más refugio que el de la
cocina, suponiendo que las llamas no la hubieran tocado.

—¡Qué espanto, García! ¡Oh, si se quema el chalet! ¡Qué
horror!

—Un horror! Es verdad. Felizmente, no se ha quemado
nada de importancia.

—¡Ay, García! No le diga nada a mi marido. ¿Quiere? Si él
sabe que por culpa mía casi quedamos sin casa, no se enojaría,
pues él nunca se enoja. Pero, se pondría muy triste.

—Naturalmente, señora. No diré nada.

—No me llame señora. Dígame Pepita.

—No puedo, señora... Tengo miedo.

—¿Miedo de qué, García?

—Miedo de todo. Miedo de usted y miedo de mí.

Golpearon la puerta. Era Andresko.

—Señora, ¿qué desea almorzar hoy? Arroz, pasta?...

Hablaba con una voz dulce, tranquila, de hombre sereno. Al
principio, me dió pena. Un sabio! Un hombre de talento, con

denado a cocinar por amor a la ciencia. Pero, sentí envidia de su humildad, de su resignación, de su paciencia. Ojalá yo fuera como él, insensible a los encantos de una mujer! Ojalá fuera como Regui o como Lasuyo, que se pasan el día entero estudiando. Analizando. Midiendo... La ciencia los enfría. Los aleja del mundo.

—Haga lo que usted quiera, Andresko. El arroz de ayer estaba riquísimo.

—Gracias, señora.

Y volvimos a quedar solos. En silencio... Ella, sentada en el borde de la cama. Yo, a su lado, de pie.

—Siéntese, García.

Y me sonreía mostrándome unos dientes parejitos y blancos. El calor de la estufa era sofocante. Se abrió la chaqueta de pieles con un ademán típico de mujer coqueta, echándose las solapas para atrás, y el pecho hacia adelante... Vi una seda rosa. Un moñito de cinta. Un trocito de cielo. Carne...

Cerré los ojos. Entonces ella, se me acercó. Me echó los brazos en torno del cuello. Me besó en la boca...

—¡Amor mío!

En ese mismo segundo en que yo iba a olvidarme de todo, — le di un solo beso, — se oyeron los pasos de unas botas en el pasadizo. Nos separamos.

—¡Pepita! Esté... Esté...

Ella se repuso con una rapidez vertiginosa.

—Aquí estoy, Pattersoff. Ven, maridito... Tengo que contarte un milagro. ¡Es un fenómeno! García se ha vuelto loco. ¡Figúrate! ¡El misántropo, se aburrió de no hablar! Ha venido a conversar conmigo...

Pepita abrió la puerta para que Pattersoff entrara.

—Míralo. Ahí lo tienes...

—García! ¡Venga un abrazo! Al fin recobramos al amigo perdido. Esté... Esté... ¡Sirve unas copas, Pepita! Es menester festejar el acontecimiento... ¡Caramba! Ya me tenía preocupado esa manía de dispararnos. Nos huía como de leprosos, ¿verdad, Pepita?

—Claro! Ah, no! Pero, ahora... — y me miraba en los ojos, — ahora ya es nuestro. Ahora no se... nos escapa!

—¡Qué gracioso! Esté... Esté... ¡Pero hable, hombre! ¡Deme un abrazo! Tomemos unas copas y vamos. Precisamente, venía a pedirle, García, que me acompañe otra vez a la Punta Washther. He visto un montón de lobos durmiendo sobre los témpanos de la orilla. Yo solo no podría cazar ninguno. Mis botas hacen demasiado ruido. Soy muy alto. Los lobos levantan la cabeza. Parece que me olfatearan con los ojos. Me ven desde lejos, aunque me agache... Tiene usted que acompañarme, García. Mañana tal vez sea tarde. El mar está por helarse y los lobos desaparecen. Con Regui no puedo contar, ni tampoco con Lasuyo. Esos no saben más que leer... En cuanto a Andresko, es mejor que haga la comida. ¿Verdad, Pepita?

—¡Claro! Que te acompañe García!...

—Sí, sí, vamos, — decía yo, deseando echar a correr sobre la nieve.

Pattersoff cargó su escopeta y salió. Fui tras él. Me di vuelta para tomar mi gorra de piel de oso. Pepita, con las yemas de los dedos, me tiró un beso...

La Punta Washther quedaba a media legua de la casilla grande. Para llegar al paraje donde estaban los lobos se subía una loma que parecía de leche. Allí la nieve era esponjosa. Las piernas se hundían hasta la rodilla.

—Vea, García. Vamos despacio. Usted se apresura demasiado.

—Tengo las piernas frías. Caminando ligero se me entibian...

—¡Piernas frías! Esté... Esté... A usted lo que le falta es desechar esa tristeza que lo está enfermando, García. Desde que usted salió de Buenos Aires, anda así. ¡Tenga cuidado! La neurastenia entre los hielos es mortal. Una vez siendo yo muchacho, fui en una misión científica a las Islas Orcadas. Teníamos un compañero enfermo de tristeza. No le gustaba leer. Ni estudiar. Permanecía largas horas mirando los carámbanos que flotaban arrastrados como los camalotes del río Paraná. Los miraba de la manera que miran los poetas. Les atribuía toda la poesía que él llevaba adentro... Los miraba hasta que se le perdían de vista... Un día, caminando sobre el mar — ya helado, — hizo con su bastón de púa un círculo a su alrededor. Fué ahondando el círculo hasta encontrar el agua bajo el hielo... El redondel donde estaba parado cedió bajo su peso. ¡Se hundió!... Desapareció en ese agujero. Corrimos para salvarlo. Pero esté... esté... La nieve había vuelto a tapar el agujero, como una lápida que cae sobre una tumba.

—¡Caracho! Muerte fea, ¿no? Hubo un vagabundo español que se suicidó también así. Un tal Ganivet...

—¡Ya ve! Tenga cuidado, pues. A usted le haría falta casarse. Una mujer es necesaria para el hombre, García. Sobre todo, cuando el hombre es sentimental y es honrado. No digo que sea necesaria por razones físicas. Esté... Esté... Las razones físicas son ilusorias. Se combaten como cualquiera enfermedad. Pero, la mujer es necesaria por razones intelectuales. Yo desconfío de esos solteros empedernidos, que se consagran a ellos mismos. Esté... Esté... Pero, desde luego, el matrimonio tiene mucho de descubrimiento científico. Se acierta pocas veces. Un hombre cree ser feliz con su mujer, y de repente descubre que la mujer lo quiere, sí, pero que no lo adora... ¡Ah, García! Es espantoso! Es bárbaro! Es bestial! Hay que resignarse o morir. La naturaleza es así. No se puede torcer el rumbo de la mala suerte. Yo mismo tengo una mujer encantadora. Me quiere, sí, pero no me adora. Soy «su hombre», pero no «su alma»... ¿Me entiende? ¡Qué hombre raro es usted! Ni siquiera me oye... ¡Vea, García! Mire allá! Vea cuántos lobos! Cuántos!

En efecto. Una manada de lobos dormía sobre la costa. Los lobos hembras alzaban la cabeza, espiondo, vigilando el sueño de los machos.

—Espere, García. Vaya usted por aquí, por la derecha. Yo iré por la izquierda. Arrástrese para que no lo descubran. Cuando me vea entrar en el agua, entre usted por la parte opuesta. Espante los lobos hacia adentro, hacia la casilla. Si logramos que avancen, alejándolos del agua, capturaremos algunos. ¿Usted trae palo? Ah!, esté... esté... Yo me ayudaré con el mango de la escopeta. Mientras los lobos están en tierra no se defienden, ni tienen fuerza. Hay que tenerles miedo cuando estén en el agua... Bueno, vaya, García».

Hombres y lobos

Hice como Pattersoff me indicaba. Pero, ¡caracho! Mi ánimo se resistía a las emociones de la caza. Experimentaba una angustia rara. Era una desesperación que me andaba en el pecho, como un grito latente. Como un sollozo que no podía salir por escasez de llanto. Era un estado de muerte viva. Porque en realidad, yo empezaba a sentirme agonizante. La idea del suicidio ya estaba en mí. La sentía bullir. Era inevitable. Era un pulpo que me tendía la red de sus tentáculos al rededor del corazón. Era un tintero que se derramaba en mi cerebro.

—«¡La idea del suicidio!»

Intentar la extinción de esa mancha de tinta, está fuera del dominio del hombre. Si se pretende borrarla con agua de lágrimas, la mancha va extendiéndose. ¡Se agranda!

La idea del suicidio acababa de ocurrírseme de pronto, sugerida por las palabras temblorosas con que Pattersoff narraba el suicidio de su compañero de las Islas Orcadas.

—¡Y también Ganivet!

Al recordarle a Pattersoff el suicidio de Ganivet, hundiéndose en la tumba que se cavó en el hielo, yo no pensaba en Ganivet. Yo pensaba en mí mismo.

Avanzaba sobre la nieve esponjosa, apoyado en mi palo, sin pensar en los lobos, ni en Pattersoff, que avanzaba en sentido contrario hacia la Punta Washther.

Entre tanto yo meditaba mi proyecto. Una vez que intentase la caza de los lobos, cuando Pattersoff regresara a la casilla llevando sus trofeos a Pepita, yo me quedaría allí. ¡Solo! El mar no estaba helado aún. Pero, internándome detrás de la loma, encontraría un lago profundo. El lago tenía ya una gruesa capa de hielo. Caminaría sobre el lago y en el centro, donde era más profundo, trazaría con mi bastón el círculo trágico. El hielo de aquel círculo no resistiría mis 70 kilos y me iría al fondo... ¡Hermosa tumba para un hombre que se moría de fuego!

—¡Caracho! — pensé, — entonces sí que los poetas podrán decir de mí: «duerme en la tumba helada»...

La risa que me dió este pensamiento cómico, — fué una risa nerviosa. — me hizo mirar los lobos. Casi todos dormían, echados como perros. Solamente las hembras alzaban sus cabezas largas y chatas, moviéndolas como mangueras de regar, vigilando el sueño de los machos. Esa prueba de amorosa sumisión de las lobas marinas, me llenó de recuerdos de ella! ¡Pepita! ¡Tan linda! ¡Tan voluptuosa! ¡Tan alegre! ¡Ah, su perfumado calorcito que le salía del cuerpo cuando junto a la estufa se abría el abrigo de pieles, echándose las solapas a un lado y sacando el busto juvenil hacia afuera!... La veía con la imaginación, tirándome con la punta de sus dedos finos y largos, un besito delicioso, a espaldas del marido... ¡Qué imbécil era yo! ¡Caracho! Me iba a matar por esa mujer que me adoraba, que me estaba deseando, que me llamaba con todos los gritos mudos de sus nervios! ¿Y si intentase? No. No. Y no! La imagen del pobre Pattersoff se alzaba con su sonrisa buena, con su voz cariñosa, con su alma de vidrio... No! No! Y no! Jamás podría engañarlo. Era

una cobardía aprovecharme de su inocencia. Pattersoff, aunque no se sentía adorado por su mujer, no dudaba de ella.

—«¡Con mi mujer no hay caso!» — me había dicho en Buenos Aires. Y aún seguía con la misma creencia. ¡Inocente! Ignoraba que yo tenía en mi corazón la prueba de su error... Me bastaba decir que sí. Me bastaba vencer las imposiciones de mi honor para que Pepita fuera mía. Ocasiones no me iban a faltar. El mismo Pattersoff me las brindaba a cada rato, pidiéndome por favor que visitara a Pepita, para que no se entristeciera de nostalgia.

—Sí, García. Vaya un rato a conversar con ella. ¡Está tan triste! Yo no quisiera ser el culpable de una enfermedad por haberla traído tan lejos! Se pasa las horas enteras contemplando la nieve, con el pensamiento lejos... ¡Tal vez piensa en Buenos Aires! Quizás piensa con nostalgia en su pobre mamá, tan viejecita... ¡Vaya, García, háblele en criollo!... Verá como se anima»...

¡Ah! ¡Qué dolor hubiera sido para Pattersoff si hubiera podido leer en el alma de su mujer! Hubiera visto que esa nostalgia y que esa tristeza no conducían, como él creía, el pensamiento de su mujer a Buenos Aires. Su pensamiento estaba en mí, como el mío estaba siempre en ella...

—Eh, García! Ahora!

Pattersoff esgrimió su escopeta por el caño, azuzando a los lobos. Yo corrí a mi vez, levantando mi palo.

—Grite, García!... Asústelos!

Yo gritaba, dando alaridos como Pattersoff. Pero, era inútil. Los lobos, lanzando ladridos queiumbrosos, se arqueaban como acróbatas, retorciéndose sobre el hielo. Se resistían a internarse. Se volvían hacia el mar. Daban saltos ridículos, rodando como bolsas de grasa. Las últimas en huir eran las hembras. Aguardaban a que los machos se pusieran en salvo. Los escudaban con sus cuerpos. Si nos veían levantar el palo sobre un macho, la hembra más próxima ponía la cabeza bajo el palo para recibir el garrotazo. ¡Admirable abnegación! Magnífica prueba de amor espartano! ¡Amor puro! ¡Amor sin pecado, que me hacía hermosa la idea de morir por Pepita! ¡Morir por ella, antes que mancharla para toda la vida!

Tendría el coraje de morir helado antes que esa divina mujer de fuego me quemara en sus besos! Estaba resuelto. Me suicidaría...

—Uffa! Uffa!, uffa, uffa, uffa...

—¡Qué chambón, García! Se nos han escapado. Dos, nada más...

Los lobos hundíanse en el mar. Solamente dos hembras habían quedado en tierra, acorraladas por Pattersoff.

—Mátelas, Pattersoff. Se le van a ir.

—Yo quisiera llevárselas vivas a Pepita.

—¡Vivas? Lo creo difícil.

—No. Es fácil. Con un lazo puesto entre las aletas, se les lleva muy bien. Esté... Esté...

—¡Caracho! Pero ¿y el lazo? ¿De dónde?

—Esté... Esté... Yo tengo en mi cuarto una soga marinera. Hágame el favor, García, vaya usted a buscarla. Yo me quedaré vigilando a estas pobres bestias. Vea como están de cansadas. Han luchado tanto defendiendo a sus «hombres».

que las pobrecitas no pueden ni moverse. Además, los garrotazos las embobaron mucho.

—¿Dónde está la cuerda, Pattersoff?

—Dígale a Pepita que se la busque. Arriba del ropero...

Sentí una gran alegría. Estaba resuelto a matarme, pero quería ver a Pepita por última vez. Al separarme de ella no había abrigado la idea del suicidio. Ahora que estaba resuelto, quería llevarme al cielo la imagen de mi novia imposible...

La encontré en la ventana, mirando a través de los vidrios empañados por el contraste de la nieve exterior y el fuego de la estufa. No miraba. Soñaba...

—La sogá, Pepita.

Le detallé nuestra cacería y le hablé de las lobas que esperaban, tendidas, tal vez moribundas y víctimas del amor. ¡Victimas de su sacrificio!...

Al oírme contar la defensa de las lobas, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—La sogá, Pepita. Pronto ¿quiere? Pattersoff espera.

—No se vaya, García. Un ratito...

—Su marido se impacientará.

—¡Quédese un ratito!

Me miraba con sus grandes ojos, que parecían de fuego. Su boca me bebía desde lejos, sin tocarme, asomando la lengua por el borde rojo de los labios, como una llamarada. Toda ella ardía de fuego y todo el fuego interior de su alma y de su carne, me quemaba la vida...

—Pepita. La sogá.

—Está arriba del ropero. Espere. Pondré una silla. Ayúdeme a subir.

—Subiré yo, Pepita.

—No faltaba más. No quiero que se moleste. ¡Entre las mujeres también suele haber lobas que se sacrifican por los... «lobos»!

Se reía mostrándome los dientes. Tomó la sogá y la tiró al suelo. De pie, sobre la silla, me dijo:

—Ayúdeme a bajar, señor lobo.

Yo le tendí los brazos y cayó en los míos. Se despiomó en mi pecho. Su boca coincidió con mi boca. Su fuego con mi fuego... Pero en el instante de «perdernos», la imagen de Pattersoff se me puso delante, entre Pepita y yo, como el fantasma de un muerto!

—«No! No! No! Todavía no! En la otra vida, Pepita».

Desprendí a Pepita de mis brazos. Recogí la sogá. Eché a correr por la nieve. Cayéndome, parándome, hundiéndome, con los mismos ademanes del lobo que va buscando el mar...

Llegué al sitio donde Pattersoff me aguardaba. Las dos lobas se habían despertado de su modorra, en actitud hostil. Al despertar de su sueño, se orientaron con el olfato, moviendo la cabeza a todos lados, como un faro giratorio. El olor del mar las atraía.

—«Apúrese, García. Si no las llevamos ahora, se nos van».

Así era. Las lobas se zangoloteaban, rumbo a la orilla. Se deslizaban por la pendiente de la colina, avanzando y retrocediendo bajo los culatazos de la escopeta de Pattersoff. Buscaban el líquido donde su fuerza se hace formidable.

—Aquella se nos va, Pattersoff.

—Sí, ya veo. No importa. ¡Tratemos de que ésta no se nos escape. Esté... Esté...

Pattersoff le arrojó el lazo con tal maestría, que la loba arrastrada, se detuvo exhalando un alarido pro al sentirse amarrada. Sin embargo, no se daba por vencida. Tiraba fundo y ronco. Realizaba un esfuerzo supremo para de la soga hacia el mar. El naufrago que tendiera sus brazos acercarse a la orilla, como un animal que se agarrara a la vida. Pattersoff se acercaba a la loba, como un animal que se agarrara a la vida.

—¡Caramba, cómo tiral... Esté... Esté... pero avanzando. La loba cinchaba, avanzando lentamente, pero vigoroso de Pattersoff tiraba de la cuerda. Todo su cuerpo era una máquina de atleta se distendía en la rabia de tirar hacia adentro. La loba avanzaba. No se dejaba vencer...

—¡Venga, García. Ayúdeme! Este animal tira de una manera bárbara. Se me va a escapar. Es una lástima. Yo quisiera llevarselo a Pepita...

Pattersoff se había atado el extremo de la soga en la cintura, pues allí se reconcentra toda la fuerza del hombre. Pero, la loba cinchaba, arrastrando tras ella a Pattersoff. Yo me prendí también, como un loco, de la cuerda, ayudándole. La loba, como si hubiera querido probar ser más fuerte que nosotros, duplicó su energía y nos arrastró a los dos por la nieve un largo trecho. ¡El agua estaba cerca!... Pattersoff se dio cuenta del peligro que corramos. Tan pronto como la loba se encontrara en el agua, no había que pensar en la loba. El agua centuplica el vigor de esos anfibios hasta el punto de que muchas veces han arrastrado consigo al fondo del mar a los buques balleneros que han querido cazarlos vivos con cables de acero...

—Vea, Pattersoff. Quítese la soga de la cintura. Lo va a arrastrar...

—No, García... ¡Haga un esfuerzo más! Cinche!

Yo cinchaba, pero tenía las manos abiertas. El roce de la soga me rompió los guantes de antilope y me llegó a la carne...

—Sáquese la soga, Pattersoff. La loba llega al agua. No cede. Ya está... ¡Uyyyyy!

Exhalé un rugido espantoso. Veía que íbamos a la muerte.

Por mí, no me importaba. ¿Acaso no estaba decidido a matarme? Pero Pattersoff?... En un segundo, pensé en la tragedia de Pepita, sola, en medio de aquella soledad maldita, sin más compañía que la de los tres sabios: Andresko, Regui y Lasuyo...

—Desátese la soga, Pattersoff.

—No, García. Suelte usted si está cansado.

—¿No ve que nos vamos al mar? ¿No ve que la loba va a arrastrarlo a usted? ¿Por qué se ató de la cintura? Desátese y entonces yo saltaré...

Pattersoff, viéndose vencido, resolvió desatarse. Pero no encontraba el nudo.

—¿Tiene navaja, García?

—No.

—Esté... Esté... Yo tampoco.

Corrí hacia él para ayudarlo a desatar el nudo. La loba ya metía el hocico sediento, lleno de júbilo en el agua. Nosotros mismos, ya teníamos el agua en los pies... La fiera alesteaba en el mar. Nos tiraba. ¡Uyyyyyy!

LA MUJER DE FUEGO — JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY

—Deje la soga, García. Sálvese usted.

—Nunca Pattersoff. O los dos o ninguno. Espere. Intentemos deshacer este nudo.

Y mientras el pobre Pattersoff, lívido, sudoroso, tiraba todavía, yo intentaba con los dedos rotos, ensangrentados, desatar el nudo...

—«¡No puedo, caracho!»

Y mientras hacía el último esfuerzo, mientras la loba nos hundía en el agua, yo lloraba como un chico.

Pattersoff me decía:

—No hay remedio, García. Esta soga no quiere. Me lleva. Sálvese usted, García...

—No, Pattersoff. Ya cede. Ya afloja el nudo. Ya...

Ambos nos dimos vuelta. Habíamos oído una voz desde tierra. Arriba, en la colina, Pepita gritaba. Era un alarido de desesperación. Nos veía morir. Levantaba los brazos. Corría hacia la orilla. De repente, cuando Pattersoff y yo perdiámos pie, arrastrados hacia el abismo, oímos a Pepita que gritaba, loca, desesperada:

—«¡García, García! Amor mío!

En ese instante el nudo se aflojaba. El lazo cedía.

—«¡Pattersoff! Ya está. Sálvese!

Pattersoff me miró con una gratitud amorosa de perro enfermo que se siente acariciado por un niño... Movié la cabeza de derecha a izquierda. Me besó en la frente. Luego, de un empujón me hizo soltar la soga.

—«¡Sálvese usted, García! Usted se la merece. Esté... Esté»...

Tomó la soga con las dos manos. Se prendió de ella como de una esperanza. Se prendió bien fuerte, bien agarrado para que la loba lo llevara a la muerte...

En el momento de hundirse le oí murmurar:

—Esté... Esté...

Yo volví a tierra...

Juan José de Soiza Reilly

Santa Fe, 1921.

Suspenda un momento su lectura y anote este consejo:

Si usted al leer se siente con mareos, dolor de cabeza, neuralgia, cansancio o cualquier otra incomodidad, no culpe a su vista, debilidad o falta de anteojos, porque no es eso, sino que teniendo su estómago sucio y sus intestinos que no funcionan bien, su sangre corre envenenada y es la causa de sus molestias. Ahora bien, para evitar todo ésto, lo mejor es tomar un purgante y quizá el que más le conviene es el «Sácaro - Cacao», que se toma como azúcar y que lo hallará en cualquier farmacia, al precio de cuarenta y cinco centavos.



¿No tiene Vd. suerte?...



*Canta el chanchito en la enramada
 con una voz que enternece,
 y en alta rama se mece
 la chancha desconsolada.
 Mientras tanto el buen chanchito
 con su carita inocente,
 tiró a su madre los veinte
 y se voló despacito.*

Precio: \$ 1 m/n.

Sr. N. Domínguez,

25 de Mayo 130. — Buenos Aires.

*Envío \$ para que a vuelta de
 correo me remita la mascota LA CHANCHA Y LOS VEINTE.*

Nombre

Domicilio



CAFES
TES
CHOCOLATES

P. BIDONDO

MAIPU 232

U. T. 1190 Av.

Consultorio Jurídico
Gratuito de

“NOVELA de la JUVENTUD”
atendido por el Dr.

Carlos A. Berghmans

Av. de Mayo 634

RECLAME NUESTRA PRESENTACIÓN

MIGUEL SALAS

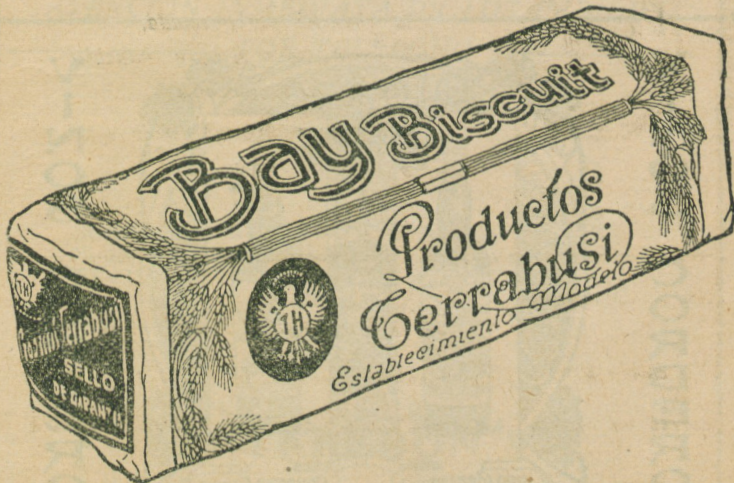
REMATES - COMISIONES
HIPOTECAS
ASUNTOS LEGALES

LAVALLE 1282

Piso 3.º, Esc. II

U. TELF. 7070 LIBERTAD

Pruebe los Bizcochos Terrabusi



TERRABUSI Hnos y Cía.

Establecimiento modelo. — San José 1060, Buenos Aires.

FUENTES

Güemes y Rodas

Aguas minerales

DUCASSE, PHILLIPS y Cía.

OFICINAS:

84 - PERÚ - 84

VINOS
CORDERO



VINOS
CORDERO

E. V. Godoy y Cía.

CASA GENUINAMENTE ARGENTINA

QUESOS — FIAMBRES

PROVISION PARA FAMILIAS

VENTA POR MAYOR Y MENOR

REPARTO A DOMICILIO A CUALQUIER RADIO
DE LA CIUDAD

ATENCION INMEDIATA DE LOS PEDIDOS
POR TELEFONO

SOLICITEN NUESTRO CATALOGO DE PRE-
CIOS, QUE CON ELLOS SE CONVENCERAN
DE LAS VENTAJAS QUE OFRECEMOS AL
PUBLICO

PUEYRREDON 981

U. T. 1905, Mitre.

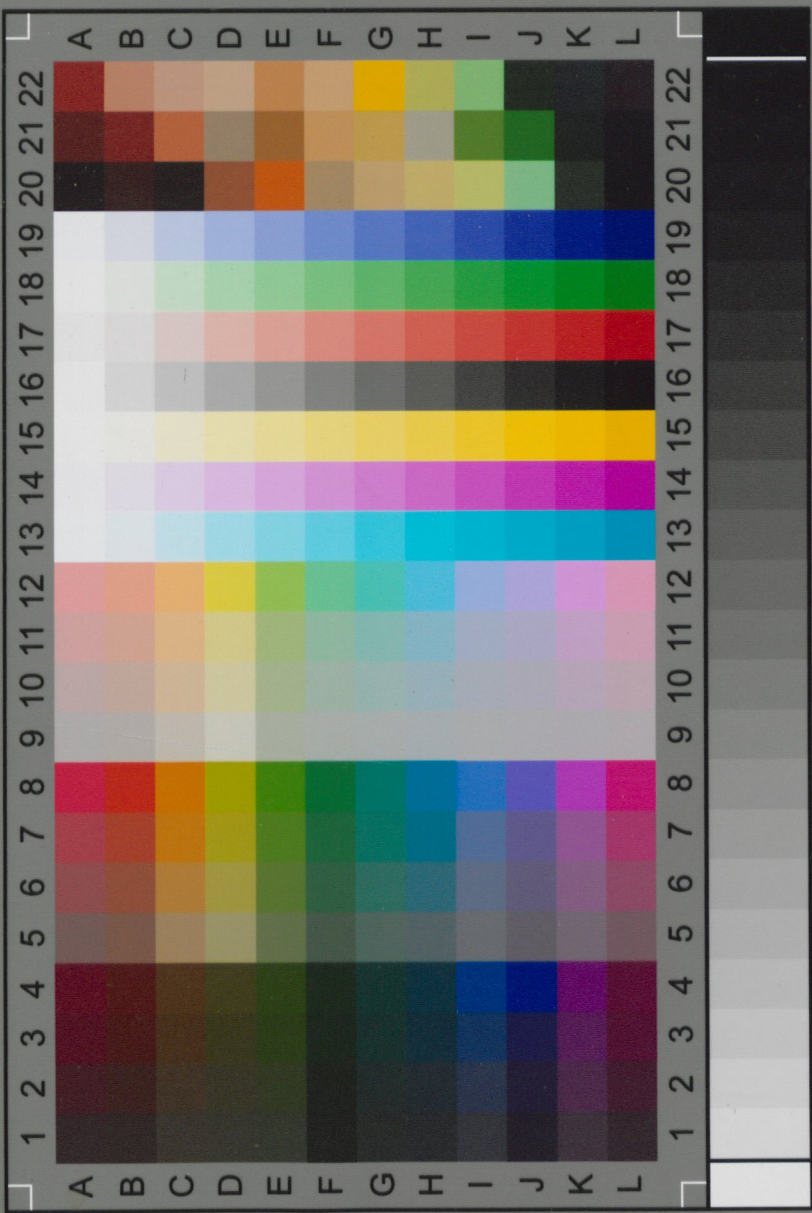
C. T. 1200, Oeste.



100g 4000101

Reclam. '13

32



Printed on Kodak Professional Paper - Made by Wolf Faust (www.coloraid.de)

Charge: R100204

IT8.7/2-1993

2010:02

Precio: 10 centavos



Ibero-Amerikanisches
 Institut
 Preußischer Kulturbesitz

<http://resolver.iai.spk-berlin.de/IAI000051B0001E0000>